

JESÚS Y EL MONSEÑOR (MC 12, 28-34)

Tomado de *Como leer el Evangelio...* (Alberto Maggi - ED. EL ALMENDRO)

En la parábola del sembrador (Mc 4,1-20) Jesús advierte que su mensaje, comparado a una semilla portadora de vida, sembrada en cuatro terrenos, solamente se desarrolla plenamente en uno. En los restantes, el fracaso es total. La plenitud de vida ofrecida por Jesús a todos, es acogida por pocos: «Hay más llamados que escogidos» (Mt 22,14). Según Jesús, uno de los impedimentos para acoger el mensaje es la riqueza, pues ningún rico ha entrado a formar parte de la comunidad de Jesús, si no es a condición de desprenderse de sus bienes (Lc 14,33; Mt 27,57). El otro gran obstáculo es la religión.

Los evangelios presentan esta paradoja; cuanto más lejos se está de la religión tanto más fácil es percibir la presencia de Dios en la propia existencia; cuanto más religioso se es, más dificultad se encuentra en reconocer y acoger al Señor en sus manifestaciones. Los que se consideran pecadores tienen posibilidad de entrar en el reino; aquellos que los consideran como tales, no. Entre los adeptos a lo sagrado y Jesús se da una incomunicación total. Ciertamente faltó poco para que Jesús implicase en el proyecto de su reino a uno de los exponentes más importantes de la religión, un teólogo oficial.

En el evangelio de Marcos se describe el acercamiento de un letrado a Jesús (Mc 12,28-34).

Los letrados eran personas piadosas que, después de una vida enteramente dedicada al estudio de la Biblia, a edad avanzada (cuarenta años), recibían, por medio de la imposición de las manos, el espíritu que bajó sobre Moisés (Nm 11,16-17); eran considerados los sucesores inmediatos de los profetas. Tenían por tarea la salvaguardia de la Ley que era custodiada fielmente «por siempre jamás, eternamente» (Sal 119,44) porque «todo lo que hizo Dios durará siempre: no se puede añadir ni restar» (Eclo 3,14).

Llevaban hábitos y distintivos religiosos que resaltaban su dignidad y el pueblo se dirigía a ellos llamándolos respetuosamente rabí (monseñor) (Mt 23,7-8). Su enseñanza se equiparaba a la misma palabra de Dios: «Todas las palabras de los letrados son palabras del Dios vivo» (Ber. M. 1,3), decreta el Talmud; su indiscutida autoridad era confirmada por la Biblia: el letrado «presta servicio ante los poderosos y se presenta ante los jefes... su fama vivirá por generaciones» (Eclo 39,4.9). Por su magisterio, considerado infalible, los letrados gozaban ante el pueblo de un prestigio e influencia que superaban los del sumo sacerdote e incluso los del mismo rey. Reputación que quedará arruinada apenas inicie Jesús su enseñanza. La gente, oyéndolo, reconoce que Jesús tiene el mandato divino de enseñar (la autoridad) y no los letrados (Mc 1,21-28).

Marcos inserta el episodio del letrado en la ofensiva final desencadenada contra Jesús por una coalición de fariseos, herodianos y saduceos con una serie de preguntas-trampa para cogerlo en falta y así poder denunciarlo. Dado que las respuestas de Jesús han enmudecido a sus interlocutores, le llega el turno al letrado. Éste plantea a Jesús una pregunta, cuya respuesta se daba por descontado: «¿Qué mandamiento es el primero de todos?» (Mc 12,28). Amantes de la casuística, estos letrados habían conseguido identificar en la Ley unos 613 preceptos que regulaban la vida del individuo. De éstos, 365 (tantos como días tiene el año) eran prohibiciones y 248 (número de los elementos que se creía que componían el cuerpo humano) las obligaciones que todo creyente debe observar. Naturalmente el letrado conoce ya la respuesta a su pregunta: Mateo y Lucas subrayan que éste va «para tentar» a Jesús (Mt 22,35; Lc 10,25). Su pregunta no va dirigida a aprender, sino a confirmar o controlar las posiciones teológicas poco ortodoxas profesadas por aquel extraño galileo que pretende «conocer las escrituras sin haber estudiado» (Jn 7,15).

Los mandamientos han sido dados como norma de comportamiento para los hombres, pero Dios mismo observaba al menos uno de ellos: el descanso sabático. Para los letrados era éste indiscutiblemente el mandamiento más importante: el sábado «el Creador no trabaja» (Mek. Es. 20,11). Esta convicción tenía sus raíces en las expresiones contenidas en el Génesis, donde se narra

que Dios, terminada la creación en el séptimo día, «descansó de su tarea de crear» (Gn 2,3). Considerado el más importante de los mandamientos, su observancia equivalía al cumplimiento de toda la Ley (Ber. Y. 1). Al contrario, la desobediencia al descanso sabático equivalía a la transgresión de todos los mandamientos, siendo castigada con la muerte (Ex 31,14). Jesús no sólo no observó nunca el descanso prescrito en día de sábado, sino que lo violó sistemáticamente.

¿Que el sábado está prohibido no sólo cuidar a los enfermos, sino incluso visitarlos? (Shab. B. 12a). Pues bien, Jesús visita, cuida y cura a los enfermos ese día (Lc 13,14).

¿Que el sábado no se puede caminar más de novecientos metros? («dos mil codos», Nm 35,5; Sota M. 5,3). Pues bien, ¿qué día mejor para las giras de Jesús con sus discípulos, que agravan la transgresión arrancando las espigas de grano, uno de los 39 trabajos principales prohibidos en día de sábado? (Mc 2,23-28).

¿Que el sábado está severamente prohibido transportar cualquier peso? (Jr 17,21-27). Jesús invita al hombre enfermo a no hacer caso: «Levántate, carga con tu camilla y echa a andar», suscitando la viva protesta de las autoridades: «Es día de precepto y no te está permitido cargar con la camilla» (Jn 5,8-10). Con estos antecedentes era de esperar que Jesús no se habría atenido a la doctrina oficial. Uno que no ha respetado nunca el sábado, no puede ciertamente considerar la observancia de este mandamiento la más importante. De hecho, contrariamente a la expectativa del letrado que le ha preguntado cuál consideraba el mandamiento más importante, Jesús responde sobrepasando no sólo la teología tradicional, sino incluso los mismos mandamientos.

Ignorando provocativamente las tablas de Moisés, Jesús se remonta al «Escucha Israel» (Dt 6,4-9), el «Credo» que los hebreos recitaban dos veces al día: «<Escucha, Israel: El Señor nuestro Dios es el único Señor; amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Mc 12,29-30). La pregunta del letrado giraba en torno a un solo mandamiento, el más importante.

Para Jesús, sin embargo, el amor a Dios no es perfecto si no se traduce en amor al prójimo; por esto añade a su respuesta un precepto contenido en el libro del Levítico (19,18): «El segundo es éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún mandamiento mayor que éstos». La reacción del escriba a la provocación de Jesús es positiva, demostrando estar en sintonía con la línea propugnada por los profetas de la prevalencia del amor al prójimo sobre el culto que se debe rendir a Dios: ««Muy bien, Maestro, es verdad lo que has dicho, que Él es uno solo y que no hay otro fuera de Él; y que amarlo con todo el corazón y con todo el entendimiento y con todas las fuerzas y amar al prójimo, como a uno mismo supera todos los holocaustos y sacrificios». El exponente de una tradición religiosa que sostenía la necesidad de innumerables prácticas religiosas para estar seguros de la comunión con Dios, comprende que éstas son totalmente secundarias y que el amor a Dios no se prueba por el culto que se le da, sino por el amor hacia el hombre, como enseña el profeta Oseas: «misericordia quiero y no sacrificios» (Os 6,6; Mt 9,13; 12,7).